

## FRENESÍ VENÉREO

Durante los últimos meses revistas españolas, francesas e inglesas han publicado constantemente artículos relativos a la impotencia masculina porque, al parecer, los caballeros están acudiendo en masa a los consultorios de los sexólogos y médicos para quejarse de este mal. Cuando las causas de la impotencia son fisiológicas, los médicos recomiendan intervenciones quirúrgicas novedosas como la implantación de prótesis en el pene o las famosas pastillitas vigorizantes; pero si los motivos son psicológicos, entonces los sexólogos elaboran hipótesis para desentrañar el misterio. Casi todos los sexólogos coinciden al afirmar que en más del 45 % de los casos de impotencia psicológica tienen la culpa (¿quién cree usted, distinguido lector?) las mujeres, porque se han vuelto exigentes y veleidosas en las batallas de amor.

Después de leer —o haber oído hablar a las amigas— acerca del multiorgasmo, el orgasmo simultáneo, el punto G (pared frontal de la vagina, arriba del hueso del pubis), el punto K (al final de la vagina, próximo al cuello del útero) o el punto U (entre el clítoris y la entrada de la vagina), pocas damas se conforman con los mendrugos de amor que les ofrecen sus parejas y reclaman erecciones continuas y duraderas; los hombres, *but of course*, sienten la obligación de ofrecer a sus mujeres las delicias que con la sola embestida de su pene creen que pueden otorgar, aunque sea a marchas forzadas. Resultado: las exigencias de las damas en la cama están haciendo estragos entre los miembros del género masculino que piensan que su valía depende de una erección.

A estos caballeros no deberían extrañarles los reclamos femeninos, puesto que nuestra capacidad amatoria y nuestra lujuria han sido descubiertas desde la

antigüedad. Los autores dedicados a reseñar las pasiones eróticas han dejado una provisión de anécdotas memorables y sabrosas que dan cuenta de la voracidad sexual de la mujer. Luciano, escritor griego (125 d.C), en *Lukios o el asno*, narra las insaciabiles apetencias de una habitante de Tesalónica que, después de hacer el amor con diferentes varones, recurrió a la contundencia de las cualidades físicas de un asno para satisfacerse. Desgraciadamente para la joven, el asno era sólo un hombre que se había frotado un ungüento mágico y había sufrido una metamorfosis. Al recobrar su forma humana, la joven lo rechaza con injurias terribles, enfadada por haber perdido al potente animal.

También los autores latinos hicieron su agosto describiendo el frenesí venéreo de las damas; como en esa época no había sexólogos, Ovidio ofrece, en *Arte de amar*, consejos a las mujeres para sostener los ardores desfallecientes, dando a entender que a una mujer apasionada no le basta una sola cópula para satisfacerse. La leyenda de nuestra insaciabilidad continuó con Ausonio, escritor de los primeros tiempos del cristianismo, quien consignó en sus poemas que las mujeres tienen un temperamento vicioso en busca de obscenas voluptuosidades y declaraba: "Se hacen servir por ambos agujeros, temen que morirán de decepción sí no lo prueban todo".

Los ejemplos de la incontinencia femenina que no se frena ante nada son numerosos en la historia literaria de los siglos pasados. Este tema se explotó por los clérigos devotos que, aunque predicaban contra la lujuria, cedían a ella en cuanto se los permitía la ocasión. A expensas de la mujer insaciable se han compuesto refranes, canciones, poemas, cuentos, etcétera. François Rabelais tampoco se quedó corto al considerar a la mujer un abismo de lubricidad infatigable, y compendió las ideas que de las damas tenían muchos renacentistas: "Cuando digo mujer, digo un sexo tan frágil, tan variable, tan

mudable, tan inconstante e imperfecto que la naturaleza, al hacer a la mujer, me parece que se ha extraviado del buen sentido por el cual había creado y formado todas las cosas, porque en las mujeres hay un animal glotón e insaciable: el útero."

La creencia de que toda mujer es una ninfómana en potencia alcanzó gran popularidad en el siglo XVIII con los libelos revolucionarios que revelaban los excesos eróticos de María Antonieta, la duquesa de Polignac o los gustos secretos de *Chonchon* (apodo de Madame du Barry), y aunque dichos textos fueron una campaña difamatoria dirigida contra la aristocracia en general, toda Europa se divirtió con las aventuras libertinas de las damas sin importar si eran ciertas o no.

Según Jacques Machault, en la novela *Anécdotas de mujeres virtuosas* (1764), en ninguna otra época de la historia fueron más liberales las costumbres licenciosas de las mujeres como en el Siglo de las Luces. Explica Machault que para las aristócratas "un asunto de cama" no tenía trascendencia alguna. Ni pedían más ni exigían menos. Para ejemplificar el libertinaje femenino, Machault reproduce una carta enviada por una vieja dama a una recién casada: "¿Cómo es posible que a los seis meses de casada aún ames sólo a tu esposo? Tu modista tiene la misma debilidad por el suyo, pero tú... tú eres una marquesa, ¿por qué te olvidas de ti misma cuando tu esposo está afuera y por qué te arreglas cuando regresa? ¿No sabes que uno se arregla para el público o para un amante? ¿Te ruborizas? Haz el favor de abrir los ojos. Aquí las damas no se sonrojan más que bajo el pincel de un retratista o bajo el cuerpo del amado".

Adúlteros y triviales son los amores de las protagonistas de *Anécdotas...*, que son calificadas despectivamente por los personajes masculinos como

“enfermas de furor uterino”, cuando en realidad sólo eran acuciosas investigadoras de su propia sexualidad, dispuestas a vivir innumerables amoríos para compensar la falta de pasión de los matrimonios arreglados por conveniencia; sin embargo, fueron retratadas como ninfómanas para satisfacer una fantasía masculina: la mujer que despierta al sexo sólo vive para satisfacer las apetencias de su voraz vagina.

Qué lejos estaban de suponer los autores de otros tiempos que sus fantasías calenturientas idealizando y mitificando nuestra avidez sexual se harían realidad en el siglo XXI, y que los caballeros tendrían tantos problemas para complacer a la loba en brama que toda mujer oculta en su interior.